

## Reclaim the Streets

¡Reclaim the Streets!: de la crítica del espacio público a la resistencia global"

JAVIER RUIZ

El arte de la necesidad: la imaginación subversiva del movimiento de oposición a las carreteras y "Reclaim the Streets"

JOHN JORDAN

El olor a carnaval: la revolución esta en el aire

JOHN JORDAN

reclaim the streets!: de la crítica del espacio público a la resistencia global

JAVIER RUIZ

Reclaim the Streets! se podría traducir al castellano alternativamente como Recupera/Reclama/Toma las calles, aunque el término requeriría una traducción cultural y contextual mucho más compleja. Reclaim the Streets! es el grupo de acción directa y de política no parlamentaria más conocido e influyente de Gran Bretaña, cuyo núcleo central varía continuamente, aunque ronda permanentemente las 50-100 personas. En los últimos años, este lema se ha transformado en el estandarte de un difuso fenómeno social sin precedentes en Gran Bretaña, un país relativamente inmune a las tribulaciones de los 60 y 70 en comparación con el continente. La posición estratégica de este país en relación al mundo anglosajón, la facilidad actual para realizar viajes y comunicaciones electrónicas y la dominación cultural que el inglés ejerce a nivel global han favorecido que Reclaim the Streets se extienda desde Londres a decenas de países, internacionalización del fenómeno que ha traído consecuencias que van más allá de sus planteamientos iniciales. La pequeña historia (con minúscula) del grupo Reclaim the Streets! de Londres Puede ayudar a entender las actuales formas de resistencia que se están configurando a escala global, las mismas que recientemente fueron parcialmente visibles a través de los disturbios que acompañaron la conferencia de la Organización Mundial de Comercio en Seattle.

El discurso de Reclaim the Streets! no es sólido ni excesivamente sofisticado y consiste a grandes trazos en una mezcla *ad hoc* de ecologismo social, diversas influencias libertarias y artísticas y elementos de izquierda radical, cambiando el foco con el tiempo y de forma táctica con el fin de adaptarse a distintas campañas. Esto refleja la diversidad interna del grupo y normalmente no supone ningún problema para las personas involucradas, ya que la acción es lo que importa, las palabras se las lleva el viento. Este énfasis sobre la acción es parte de una corriente general en Gran Bretaña, donde el movimiento alternativo se llama a sí mismo Direct Action Movement. El movimiento de acción directa británico, aunque similar en intereses y estética al movimiento alternativo del Estado español, incorpora mas énfasis sobre el ecologismo y la justicia social e incluye de forma fundamental, a diferencia de aquí, donde son temas periféricos,

la oposición a la construcción de carreteras, a la ingeniería genética y la defensa de los derechos de los animales. Otra diferencia que hay que entender radica en el alcance que en Gran Bretaña tuvo a finales de los 80 la revolución cultural y musical que supuso el tránsito de la guitarra y la batería al sintetizador y los platos, sin comparación en el Estado español en escala y significación social y política -exceptuando quizá Valencia-. El consumo masivo de drogas psicotrópicas como el éxtasis y el LSD, junto a la música de baile en fiestas *rave*, cambió los hábitos de una generación y trajo consigo una forma difusa de rebelión política hedonista que fue reprimida con extrema dureza por las autoridades, con la consiguiente radicalización de una parte del fenómeno, mientras el resto era absorbido en la economía nacional a través de la implantación de las macrodiscotecas. La mayor detención de masas en el siglo XX en Gran Bretaña tuvo lugar durante un *rave* en 1994, cuando casi mil personas acabaron en comisaría.

Londres, 1992. El movimiento anticarreteras va cobrando fuerza en Gran Bretaña, con los primeros campos de protesta en Twyford Downs que ofrecen resistencia física al macroprograma de "asfaltización" masiva del gobierno conservador. En este contexto, un pequeño número de activistas forman su grupo de acción directa para luchar contra el imperio del automóvil. Aunque su discurso y práctica se podría colocar en el estante de ecologismo, no se limitan a cuestionar la degradación del paisaje, la polución y los accidentes de tráfico. De forma rudimentaria, su discurso crítico entiende que el espacio público urbano y las prácticas sociales que lo generan están intrínsecamente ligadas a un artefacto mecánico de supuesta utilidad funcional como es el automóvil. En boca de uno de sus ideólogos: *"Las calles están tan llenas de coches como de capitalismo, y la polución de este último es mucho peor"*. Pequeñas acciones, como pintar carriles bici durante la noche, se suceden durante un par de años.

Leytonstone, este de Londres, 1994-95. Las nuevas carreteras están en boca de todo el mundo y aparecen como setas campos de protesta en los que mucha gente vive en "casas" que cuelgan de los árboles. La mayor parte de estos campos de protesta se interponen en el futuro trazado de autopistas con el fin de proteger los escasos bosques que restan u otras zonas de especial interés. Y las obras para comenzar la autopista M11 reciben el visto bueno: ahora se trata de una comunidad urbana que va a ser dividida para facilitar el palpitar diario del centro económico y geográfico de Londres. La resistencia es feroz: okupas, jóvenes callejeros, ecologistas, amas de casa, ex-criminales, abogados y un largo etcétera se unen en una campaña que mezcla lucha y fiesta. Las casas desalojadas son reokupadas y transformadas en una improbable unión de barricadas, defensas y arte, formando una zona fuera del alcance del Estado, en la que las divisiones entre la casa y la calle se disuelven. En estas fechas, el Parlamento tramita la nueva Criminal Justice Bill (el equivalente británico de la Ley Corcuera), que mete en el mismo saco de criminalidad a distintos movimientos, como son el movimiento anticarreteras, por la defensa de los derechos de los animales, el movimiento okupa, las raves y el movimiento de resistencia en general. El resultado, previsible, es la unión de distintas luchas que habían estado separadas anteriormente, en una campaña donde las manifestaciones transcurren al ritmo de música tecno.

Las campañas contra la M11 y la Criminal Justice Bill fueron derrotadas en términos convencionales, pero las consecuencias a largo plazo todavía se pueden

sentir. Activistas de Reclaim the Streets habían estado en el centro de ambas, y el grupo se ve reforzado y dispuesto a salir de los usuales espacios de protesta para tomar calles que no están directamente amenazadas. El automóvil sigue estando en el foco del movimiento, pero el discurso se amplía con los intereses de nuevos "no-miembros" y mediante el entendimiento tácito de que las luchas aisladas no llevan a ninguna parte.

En el verano del 95 tienen lugar en Londres las primeras *street-parties* que caracterizarán a Reclaim the Streets!, fiestas *rave* callejeras ilegales donde el asfalto se convierte en pista de baile, playa para niños -con camiones de arena-, al tiempo muestra de arte y obra de arte. El éxito es fenomenal y los periodistas de la prensa progresista se muestran tan estimulados como los propios viandantes. Otras ciudades en Gran Bretaña organizan sus propios eventos y en julio del 96, diez mil personas ocupan la autopista M41 en Londres, a pesar de los esfuerzos de la policía para evitarlo, convirtiéndola en una orgía de color y música. Durante la fiesta/protesta aparecen unas mujeres con faldas de tres metros de altura, y escondidos debajo de ellas activistas armados con martillos neumáticos plantan en el carril rápido de la autopista árboles rescatados de la construcción de la M 11. A pesar de todo, el día transcurre en relativa paz y con pocos detenidos, y el movimiento alrededor de Reclaim the Streets! se convierte en un fenómeno social en el que cristalizan diversas inquietudes.

La realización de las *street-parties* se basa en una división estricta del trabajo y el conocimiento. Nadie excepto un pequeño grupo conoce dónde va a tener lugar la fiesta y las personas que constituyen el grupo trabajan en distintas partes del proyecto de forma completamente autónoma. Esta organización en células de contacto personal hace casi imposible paralarlas, aunque infiltraciones posteriores han complicado el panorama. El día de la *streetparty* se convoca a la gente en una estación de metro con varias líneas y, de pronto, se llena un tren entero de una de ellas cuando algunos activistas indican el camino, pero sólo hasta el siguiente punto. Al mismo tiempo, varios equipos -con diversas barricadas para cortar el tráfico y camiones con potentes aparatos de música, y todo tipo de decoración y otros materiales (arena, muebles, columpios, etc.)- se coordinan a través de teléfonos móviles y radios para llegar al lugar elegido de forma sincronizada con la multitud que pronto les rodea. Esto hace que la policía tenga que cargar enfrente de las cámaras de los periodistas contra miles de personas bailando, lo que en Gran Bretaña, en esas fechas, se consideraba excesivo y contraproducente en la opinión pública. El final de las fiestas se suele negociar para sacar el equipo intacto y a la gente sana y salva. Este tipo de organización requiere una confianza extraordinaria a muchos niveles, algo bastante sorprendente, aunque sea habitual en el mundo de la acción directa británica. Dado que las jerarquías de conocimiento también se convierten en jerarquías de poder, la creación de estructuras invisibles a primera vista ha sido y es uno de los grandes problemas que se plantea Reclaim the Streets! Por otra parte, la perpetuación de este particular tipo de organización contingente para una acción concreta es una clara ventaja a largo plazo de cara a los riesgos tradicionales de infiltración policial y de represión, lo cual ha reforzado aún más este modelo organizativo.

Durante el siguiente año, la voluntad de Reclaim the Streets! de ir más allá de la crítica al automóvil se materializa en varias acciones conjuntas con un grupo de 500 estibadores (*dockers*) del puerto de Liverpool, que llevan más de un año

intentando recuperar sus puestos de trabajo, en la disputa sobre la reconversión industrial más larga que ha tenido lugar en Gran Bretaña. El 12 de abril del 97, dos semanas antes de las elecciones generales que darán la victoria a los "socialistas", los *dockers* convocan una marcha autorizada por la justicia social, mientras Reclaim the Streets! organiza una fiesta ilegal paralela para denunciar la farsa electoral. El resultado es 20 mil personas en Trafalgar Square, la plaza más emblemática de Londres, bailando por la justicia social y medioambiental y en contra de las elecciones, por la idea de que éstas no van a cambiar nada. Sin embargo, esta vez las autoridades disuelven la fiesta violentamente, con los consiguientes disturbios, y muchos medios de comunicación hablan de hordas anarquistas que han tomado la ciudad. Mientras tanto, aparecen *streetparties* por todo el mundo, principalmente en Occidente y países anglosajones como Australia.

La nueva situación provoca una crisis de identidad interna por causa de la cual la relación entre el rojo, el negro y el verde se tambalea, aunque no cae. Algunos de los elementos más cercanos al ecologismo reformista no están a gusto con el giro de la protesta a la revolución que se huele en el aire y la tensión aparece. A pesar de las crisis internas, gente nueva encuentra inspiración en Reclaim the Streets!, y aunque radicales tradicionales intentan aprovechar el nuevo yacimiento de capital político, el cambio vendrá desde una nueva dirección, curiosamente desde España.

Ese mismo verano, la red internacional formada alrededor del movimiento zapatista celebra en la Península Ibérica su segundo Encuentro intercontinental por la Humanidad y contra el neoliberalismo, que congrega cientos de activistas de todo el mundo, incluyendo Reclaim the Streets!, con el propósito de hacer cristalizar una red descentralizada y sin jerarquías dedicada a coordinar la resistencia global a la globalización económica neoliberal. En febrero del 98, Reclaim the Streets! (Londres) se convierte en coordinador para Europa Occidental de la red, llamada Acción Global Popular (AGP); el puesto se somete periódicamente a rotación. Ésa es la primavera caliente que verá acciones en todo el planeta en contra del neoliberalismo. Haciendo uso de contactos personales y de Internet, Reclaim the Streets! (Londres) propone la primera Global Street Party para el 16 de mayo del 98, en el día de la cumbre del G7+1 que une a los dirigentes de los países más industrializados. Una *street-party* sincronizada se extiende por más de veinticuatro ciudades alrededor del planeta, en países como Colombia, Australia y Finlandia, mientras en Birmingham los presidentes del G7 son trasladados fuera de la ciudad para evitar a las miles de personas que han ocupado el centro urbano.

La internacionalización de Reclaim the Streets! es un éxito, pero esto no evita nuevas tensiones, especialmente en lo que muchas personas ven como un abandono de las actividades dirigidas hacia la comunidad local en Londres, si bien es cierto que Reclaim the Streets! nunca había sido un grupo con raíces en ningún barrio concreto de la ciudad. Sin embargo, la tendencia hacia la resistencia internacional es imparable, y surge una nueva propuesta para un día de acción global: el 18 de junio del 99, día de la siguiente cumbre del G7. Miles de panfletos se envían por correo a grupos de todo el mundo y las listas de Internet se inundan con textos firmados por Reclaim the Streets! y London Greenpeace -grupo con experiencia en acciones de masas en los años 80 en la City de Londres, el centro financiero más importante del mundo-, mientras la

propuesta es asumida por la AGP.

Esta vez se abandona el concepto de la *street-party* por varias razones. Por un lado, se cuestiona la radicalidad que pueda suponer hacer otra *rave* en Londres, ante la posible recuperación por parte del "cisterna", aunque también pesa el simple deseo de hacer algo distinto. Por otro lado, preocupa la homogenización de las formas de protesta y el etnocentrismo anglosajón que pueda conllevar este particular modelo, el cual puede no tener sentido en muchos otros lugares, particularmente en el llamado Tercer Mundo, al que ahora se hace un mayor esfuerzo por incluir. Por todo ello, finalmente, el día es simplemente una llamada a la "*fiesta, protesta y carnaval en centros financieros alrededor del mundo*". Este giro del discurso se apoya principalmente en algunas versiones superficiales de la teoría de la "economía de casino", que ve la liberalización financiera y la especulación monetaria en oposición a la economía "real", y a los dirigentes políticos como marionetas de las multinacionales. Sin embargo, esta perspectiva se combina con un cóctel de simple "anticapitalismo" y la ya habitual apología de la espontaneidad, encarnados en el Carnaval contra el Capital que ese día conmocionó la *City* de Londres. Éste era el colofón de un día en que numerosas acciones llevadas a cabo por diversos grupos distintos de Reclaim the Streets! dieron lugar, entre otras consecuencias, a varios McDonald's convertidos en escombros y oficinas de inversores financieros invadidas en protesta por su participación en el comercio de armas. Durante el Carnaval, activistas de Reclaim the Streets! tapiaron la puerta principal del London Financial Futures Exchange, la Bolsa dedicada exclusivamente a actividades financieras, mientras muchas personas que participaban en el Carnaval invadían el edificio de forma espontánea. A pesar de que en los momentos previos tan sólo habían tenido lugar algunas simples escaramuzas con la policía en puntos aislados, a partir de la ocupación de la Bolsa Londres vivió los peores disturbios que se recuerdan en años. Aunque se han aireado acusaciones de provocación e incluso planificación de la violencia entre policía y manifestantes, probablemente haya que repartir responsabilidades, si bien esto es así en lo que respecta a manifestantes a nivel individual y no en el caso de grupos como Reclaim the Streets! Hacía tiempo que las autoridades mostraban una tendencia crecientemente represiva que sólo se vio confirmada finalmente por la brutalidad que exhibieron aquel día. Por otro lado, el movimiento alternativo llevaba años sufriendo dicha represión con resistencia pasiva en forma de encadenamientos, bloqueos, etc., y la ocasional rotura de alguna excavadora: ese día, mucha gente, en pleno centro financiero, se vio en el "corazón del mal" y dio rienda suelta a la rabia acumulada en forma de destrozos masivos.

Mientras tanto los medios hicieron su agosto, llenando sus paginas con acusaciones de terrorismo anticapitalista y de haber causado más daños que las bombas del Ejército Republicano Irlandés (IRA). Previsiblemente, tuvieron mínima mención los sucesos simultáneos en unas cien ciudades de los cinco continentes, incluyendo varias en España (Madrid, Asturias, Valencia y Barcelona). Nuestra página de Internet, no obstante, facilitaba información puntual y retransmitía imágenes y sonido en directo desde la *City*, convirtiéndose en el principal punto de información del día, incluso para los medios corporativos. La mística que rodea Internet se conjugó con la histeria de masas para cambiar el calificativo mediático de Reclaim the Streets! a las pocas semanas: "cyberterroristas" que se esconden en la amenazadora Red.

La evaluación de estos hechos por parte de Reclaim the Streets! y el Direct Action Movement y alrededores en general ha sido compleja y variada. Para algunas personas, la violencia se debía haber evitado a toda costa, y el espíritu de Reclaim the Streets! (*party and protest*, fiesta y protesta) podría haberse perdido para siempre. Es conveniente hacer aquí un inciso para explicar que la percepción de la violencia durante las manifestaciones es muy diferente de Gran Bretaña al resto del continente, a pesar del alto nivel general de violencia diaria. Sucesos como mayo del 68, el "otoño caliente" alemán o las carreras delante de los grises, no tienen parangón en la memoria colectiva británica. Lo más parecido fueron las revueltas contra la Poll Tax a principios de los 90, pero ni siquiera éstas se han convertido en un mito aceptable para la izquierda. Ello hace difícil para los sectores progresistas encontrar un referente histórico para tales situaciones de enfrentamiento, dejándolos completamente descolocados frente a la que es probablemente la sociedad de clase media más conservadora de Europa, y con los medios de comunicación más potentes.

En el otro extremo, para bastantes activistas la destrucción de propiedad física es incomparable con la violencia contra las personas, y se justifica por tanto como acción directa no violenta. Se podría decir que la mayor parte de Reclaim the Streets! y otros grupos alrededor se sitúa a medio camino entre ambas opiniones. En cualquiera de los casos, se temió la represión que pudiera desencadenarse en los meses siguientes, tras la aparición de fotografías de decenas de personas en la página de Internet de la policía. Todo el mundo celebró que la palabra (anti) capitalismo apareciera por fin en primera página del *Financial Times*, a pesar del contexto, y que la globalización de la resistencia fuese ya un hecho innegable. Mientras, aún más grupos en todo el mundo encontraron inspiración en los sucesos de Londres y la red AGP ha extendido su llamada: de la oposición al neoliberalismo, al "*capitalismo y todas las formas de opresión*".

A pesar de que las autoridades se habían prometido no volver a permitir que Reclaim the Streets! se les fuera de las manos, los y las activistas se ven moralmente obligadas a secundar la propuesta que la AGP hace a continuación para otro día de acción global, esta vez desde Estados Unidos y con motivo de la conferencia de la Organización Mundial de Comercio (OMC), prometiendo: "*después de Londres, Seattle*". Su resultado, el 30 de noviembre del 99, no fue un día memorable en Londres, escenario de una manifestación en términos tradicionales con portavoces de distintos grupos y sindicatos que degeneró en pocos instantes en una batalla campal. Cientos de participantes fueron rodeados y rodeadas, identificadas y fotografiadas una por una antes de ser liberadas, en una muestra de la estrategia de las autoridades británicas, acumular toneladas de información, bien distinta del salvajismo simplista del madero hispano. Sin embargo, las noticias que iban llegando de los compañeros y compañeras de Seattle y muchas otras ciudades, primero a través de Internet y luego todos los medios de masas, cambiaron el ánimo rápidamente.

El impacto a largo plazo del Carnaval contra la OMC en Seattle aún está por determinar, mientras cientos de analistas y académicos todavía intentan comprender algo sin ni siquiera saber de la existencia de la red AGR. Mientras tanto, las ONGs y la izquierda tradicional se lanzan sobre los despojos para intentar justificar o revitalizar sus causas. Muchas y muchos activistas, después de la euforia inicial, se plantean cuestiones relativas al apoyo a tales

convocatorias por parte de los sindicatos proteccionistas e incluso de la extrema derecha nacionalista de algunos países. También preocupa la centralización de los días de acción global alrededor de urbes del Primer Mundo como Londres o Seattle, que limita la idea de resistencia descentralizada y no jerárquica. Se cuestiona incluso por parte de algunas personas la idoneidad de centralizar las convocatorias en grandes días, lo cual supone mucho tiempo de preparación y detrae energías del trabajo diario. Lo cierto es que aunque Reclaim the Streets! realiza pequeñas acciones e intervenciones durante todo el año -cada vez más difíciles por la vigilancia continua-, el grupo tiene un claro ritmo cíclico de un gran evento por año.

El 1 de mayo del 2000 se reclama ahora por parte de la AGP como día de acción global, aunque no está claro el alcance que ello pueda tener en pleno día de la izquierda tradicional. En Gran Bretaña, el derechismo de la Thatcher y sus herederos del Labour Party han despojado a ese día de su aura. Una amplia coalición de izquierda radical y anarquistas se preparan para tres días de conferencias y acciones, mientras Reclaim the Streets! planea una sesión de *Mass Guerrilla Gardening*. La idea original de tal acción consiste en transformar un espacio público en un jardín de forma rápida en una noche. Reclaim the Streets! pretende hacer eso mismo pero con miles de personas de forma abierta y de día, idealmente abandonando tanto el modelo organizativo descrito anteriormente como las direcciones secretas, aunque los detalles todavía están en el aire a primeros de marzo. El razonamiento esgrimido para esa acción se basa en la idea de reinventar el 1 de mayo como día no sólo de la clase obrera, sino también atender a las raíces paganas de la fiesta para darle así un giro que incluya también el ecologismo, aunque la justificación literal completa no se ha concretado por el momento, y mucha gente en Reclaim the Streets! no entiende el porqué de esta acción. El hecho de invitar a la gente a "trabajar" en el día del trabajo es un problema que aún está asimismo por resolver. Otro problema más general y no resuelto es el de la inclusión social, ya que Reclaim the Streets! y el movimiento alternativo en general están predominantemente compuestos por blancos de clase media en una ciudad multiétnica como Londres

el arte de la necesidad: la imaginación subversiva del movimiento de oposición a las carreteras y reclaim the streets!

JOHN JORDAN

La poética de la acción directa contra la carretera de enlace MII

*"La poesía es un acto que genera nuevas realidades: es la realización de la teoría radical, el acto revolucionario por excelencia"*

(Raoul Vancigem, "La revolución de la vida cotidiana", 1967)

La carretera de enlace M11 habría de extenderse desde Wanstead hasta Hackney en el este de Londres. Para construirla, el Departamento de Transporte tendría que derribar 350 casas, desplazar varios cientos de personas, atajar por uno de los bosques más antiguos de Londres y devastar una comunidad con una extensión de alquitrán de seis carriles de ancho, al precio de 240 millones de libras esterlinas, con el fin de ahorrar a los conductores, según parece, unos seis minutos de viaje en automóvil. Recientemente, se ha admitido oficialmente que su capacidad estará saturada desde el mismo momento en que se inaugure. Lo cual sugiere que habrá necesidad de construir otra carretera.

Durante unos treinta años hubo oposición a la M11 por medios políticos convencionales: manifestaciones, planificaciones de un trazado alternativo, trabajo de *lobby* y de presión. A pesar de toda la dedicación por parte de los residentes, los bulldozers llegaron en el otoño de 1993 y con ellos el momento de desarrollar nuevos métodos políticos creativos, utilizando la acción directa, la *performance*, la escultura y la instalación, armados con faxes, módems, ordenadores y cámaras de vídeo. Emergió así una nueva casta de "artistas activistas" cuyo lema podría ser: creatividad, coraje y descaro. No era el suyo un arte de la representación sino de la presencia; su política no era posponer el cambio social al futuro, sino el cambio social ahora: una política de la inmediatez, la intuición y la imaginación. Para la imaginación de tal activismo, "todo es posible"; uno puede colocar un buzón y una dirección en un viejo castaño, y contribuir así a la historia del derecho convirtiéndolo en el primer árbol que busca ser reconocido legalmente como domicilio, con el fin de que sus habitantes puedan exigir derechos de residencia; o puede escalar hasta el tejado del Parlamento para expresar su opinión sobre la Criminal Justice Bill saliendo en las portadas de todos los periódicos nacionales.

La campaña No M11 fue una *performance* sin interrupción. Casi todos los días invadíamos los lugares donde se desarrollaban las obras de construcción de la carretera utilizando nuestros cuerpos en la acción directa, como herramientas de resistencia contra el frío metal de los martinetes, grúas y bulldozers; generalmente, tales acciones se acompañaban del sonido de tambores, silbatos y canciones. Frente a los gestos estéticos valientes pero vanos de tantos artistas de *performance* que han utilizado sus cuerpos en actos de resistencia y de peligro -Chris Burden crucificado en un coche, Linda Montana esposada a su amante durante tres días, Stelarc colgado de una grúa por ganchos clavados en su piel, la acción directa es un tipo de *performance* donde lo poético y lo pragmático se dan la mano. La visión de una frágil figura humana silueteada contra un cielo azul, que pende en lo alto de una grúa obligándola a interrumpir su trabajo durante toda la jornada, es al mismo tiempo una imagen bella y funcional. La acción directa es por naturaleza profundamente teatral y fundamentalmente política. La *performance* que consiste en escalar una grúa en una zona de obras muestra diferentes funciones: el pragmatismo, la representación, la teatralidad y el ritual convergen en la acción directa.

La función política pragmática consiste en que paraliza las obras de la carretera



y retrasa a los contratistas, lo cual puede costarles grandes sumas de dinero; se dijo que un sólo día de trabajo suspendido en una de las obras principales podía costarles alrededor de cincuenta mil libras esterlinas, a lo cual hemos de añadir las labores de vigilancia suplementarias necesarias para mantener a los y las activistas lejos de la maquinaria, así como las tareas policiales. Todo ello produce retrasos y golpea a los constructores de carreteras donde más les duele: en sus bolsillos. La función representacional consiste en que tales acciones ofrecen nuevas y poderosas imágenes, imágenes vistas por una cantidad enorme de público y que pueden hacer que las problemáticas se proyecten en la conciencia pública. Su función teatral consiste en que la acción directa se representa frente a un público, no solamente para los medios de comunicación sino también para los ocasionales transeúntes, en ocasiones impresionados por lo que ven y que participan así en un diálogo sobre las problemáticas. Su función ritual se cifra en el riesgo, la excitación y el peligro inherentes a la acción, que contribuye a crear un momento donde se concentra la magia, una experiencia álgida donde el tiempo real repentinamente se detiene y algún tipo de desplazamiento en la conciencia puede ocurrir. Muchos de nosotros y nosotras nos hemos sentido increíblemente fortalecidas [*empowered*], nuestras vidas se han radicalizado y transformado por estos sentimientos. La acción directa mezcla praxis, catarsis e imagen. Para implicarse en la acción directa uno ha de sentir la suficiente pasión como para poner sus valores en práctica; consiste literalmente en *dar cuerpo* [*embody*] a tus sentimientos, *actuar* [*perform*] tu política. El cuerpo ha sido marginado en nuestra cultura tecnocrática, lo cual entraña un peligro: revela una sociedad sin ningún tipo de contacto consigo misma y con su entorno, una sociedad que prefiere utilizar como metáfora la máquina -constituida por piezas duras sin conexión- antes que el cuerpo -interconectado, fluido, blando-. La acción directa hace visible el carácter devastador de la maquinaria de la cultura industrial y devuelve el cuerpo al centro de la política y de la práctica cultural. Cuando uno sitúa su cuerpo directamente en los engranajes de la máquina, introduce un punto de resistencia en la circulación del poder, transforma su propio cuerpo obligando a la sociedad industrial a explicar y justificar sus acciones.

Los invasores del espacio: la transformación de Claremont Road

*"¿Acaso quienes vivimos en el presente estamos condenados y condenadas a no experimentar nunca la autonomía, a no encontrarnos nunca en un simple pedazo de tierra gobernado tan sólo por la libertad?"*

(Hakim Bey, *TAZ-Zona Temporalmente Autónoma*).

Si la acción directa en los terrenos donde se estaba construyendo la MII constituía una transformación del *cuerpo* personal y social, la mutación final de Claremont Road en un teatro fenomenológicamente imaginativo de resistencia creativa supuso una transformación del *espacio* personal y social.

Claremont Road era una calle de treinta y cinco casas unifamiliares, situada en medio del trazado de la carretera de enlace. Resistiendo a los bulldozers codo a codo con los y las activistas implicadas en la campaña se encontraba Dolly,

quien, con noventa y dos años de edad, había vivido allí durante toda su vida. Abandonar Claremont Road era inconcebible para Dolly. Desafiando al Departamento de Transporte, permaneció allí hasta el último minuto. Todas las casas de Claremont Road, exceptuando la de Dolly, fueron okupadas como parte de la campaña. Uno de los primeros actos de resistencia consistió en cerrar la carretera al tráfico para abrirla al arte de vivir. En un extraordinario acto de *détournement*, la carretera -normalmente un espacio dominado por el automóvil, un espacio para transitar y no para vivir, un canal muerto entre *a y b*- fue recuperada [*reclaimed*] y convertida en un espacio vibrante en el cual fuera posible vivir, comer, hablar y dormir.

Los muebles se sacaron al exterior de las casas, a la carretera; la ropa lavada, tendida al sol; se jugaba al ajedrez en un gigantesco tablero pintado en el suelo; se encendieron hogueras; se construyó un escenario y celebraron fiestas. La "carretera" acabó convertida en una "calle", una calle como ninguna otra, una calle que ofrecía un excepcional destello de utopía, una suerte de microcosmos temporal de verdadera cultura liberada y ecológica.

Uno de los aspectos estéticos más relevantes de Claremont Road fueron las barricadas, construidas para resistir frente a los intentos de desalojo del Departamento de Transporte. Muchas de ellas, emplazadas en el interior de las casas, eran formalmente semejantes a instalaciones y obras conceptuales. Sin embargo, nuestras construcciones creativas no eran esculturas *site-specific* como mero reflejo de las estructuras arquitectónicas de las casas, sino transformaciones sociales creativas, la imaginación rigurosamente aplicada a situaciones reales, el arte implicado en la vida cotidiana. Las casas no eran meramente marcos para el arte, sino hogares, lugares reales que podrían haber sido renovados para realojar a algunas de los cientos de personas sin hogar que cada año dan con sus huesos en las calles de Londres. Durante los años 70, un artista como Gordon Matta-Clark realizó cortes en edificios y agujereó la pared lateral de una casa, mientras que Walter de Maria llenó de tierra toda una habitación. En Claremont Road cortamos un agujero en las paredes divisorias de las casas, a lo largo de la fila de treinta y cinco, con el fin de crear un sensacional túnel que las conectase: una estrategia para escapar de los funcionarios enviados por la Administración, pero también una metáfora de la vida comunitaria; una intervención que atravesaba el aislamiento de las unidades domésticas individuales. En algunas de las casas, las habitaciones se llenaron de tierra, quedando iluminadas por el misterioso resplandor de una sencilla bombilla colgando del techo. Estas habitaciones llenas de tierra disimulaban las entradas a ciertos búnkers utilizados por los y las activistas como refugio durante el desalojo. Desconociendo los vericuetos de tales escondrijos, los enviados de la Administración, al llegar, se veían forzados a buscar pesadamente con palas, en lugar de aplicar su deseo de sencillamente demoler las casas con sus bulldozers: una actividad, por lo tanto, que consumía mucho más de su tiempo y, a un coste de veinte mil libras esterlinas por desalojo, ¡les salía bien cara! Otras casas se bloquearon no con cemento sino con basura, detritus urbanos: lavadoras, viejos colchones, muebles rotos y, simbólicamente, neumáticos gastados; en definitiva, ingeniería imaginativa aplicada a ralentizar el desalojo. Estas barricadas se acompañaban de lemas pintarrajeados improvisadamente y murales llenos de colorido; una enorme valla saludaba de forma jocosa: "*Bienvenidos a Claremont Road.- hogares ideales*". De los árboles que defendíamos pendían maniqués, telas, televisores viejos, objetos

encontrados que mostraban ciertos simbolismos llenos de intención, al tiempo que suponían un obstáculo para los cirujanos arborícolas. Una casa entera fue declarada "casa del arte", y "artistas" más tradicionales la llenaron con imágenes representativas que criticaban la cultura del automóvil. Se abrieron dos cafeterías, entre las cuales una pancarta interpelaba a los transeúntes: *"Imagina este lugar como un hogar, como un bosque o como la carretera de enlace MII"*.

El símbolo final de la resistencia a los planes del Departamento de Transporte para desalojar Claremont Road fue la extraordinaria torre de andamios de treinta metros de altura que llamamos Dolly, y que se erigía atravesando el tejado de una de las casas. Construida con cientos de barras metálicas "encontradas", unidas en un complejo y caótico trabajo de enrejado y semejante a un cruce entre el *Monumento a la Tercera Internacional* de Tatlin y una plataforma de lanzamiento de la NASA, la torre se veía a kilómetros de distancia. Durante su corta vida Dolly constituyó una verdadera seña local que compitió con la imagen de Babilonia blandengue de Canary Wharf en el horizonte. Esta demencial pieza de estructuras metálicas grasientas y pintadas de colores luminosos no solamente ofrecía la defensa más eficaz posible frente a los encargados del desalojo, sino que también devino la imagen más poderosa de la confrontación final.

Durante cuatro fríos días de noviembre de 1994, Claremont Road y el barrio de kilómetro y medio de casas selladas se convirtió en el campo de operaciones de la batalla final. Envueltos en el sonido de la música *rave* que retumbaba desde la cúpula de la torre, 1300 policías antidisturbios y funcionarios de la Administración se desplegaron en formación en el interior de la zona y rodeándola con su rutinaria coreografía. Los y las activistas pendían sobre redes suspendidas a lo largo de la carretera, claveteadas al asfalto y desplegándose hacia lo alto de las chimeneas, encerrados en los refugios y encadenados en el interior de una jaula en la cúpula de la torre: enormes grúas, rodeadas por docenas de guardias de seguridad, balanceaban sus plataformas aéreas como dinosaurios mecánicos, buscando capturar a los y las escurridizas activistas sacándolas de tan estupendo escondrijo. A la noche, resplandecientes haces iluminaban el enclave, cubierto por un silencio misterioso. Repentinamente, el lugar se asemejaba al escenario de un film apocalíptico, mientras un coro de voces, *"¡el poder para la torre!"*, ascendía desde la calle. Ochenta y ocho horas más tarde, capturaron de la torre a la última persona restante; lo único que les quedaba por hacer era destruir la calle y con ella no sólo cien años de historia local, sino también un lugar extraordinario de resistencia creativa.

Ningún signo, reliquia o traza de Claremont Road nos resta. Siempre supimos que un día todo esto quedaría en ruinas, y esta consciencia de impermanencia, la imposibilidad de fracasar, nos dio una fuerza inmensa, la fuerza para desplazar esta Zona Temporalmente Autónoma a otro lugar. Nuestro festival de resistencia nunca pudo ser desalojado. Continuaríamos transgrediendo la distinción entre arte y vida cotidiana. Continuaríamos haciendo de cada acto político un momento de poesía. Si ya no podíamos reclamar Claremont Road, reclamaríamos las calles de Londres. Claremont Road nos dejó el sabor de una sociedad libre. Probar de esta fruta es peligroso, porque deja un ansia por repetir tan estimulante experiencia. En tres meses reformamos el grupo Reclaim the Streets y comenzamos a planear la primera street-party.

## el olor a carnaval: la revolución está en el aire

JOHN JORDAN

*"Esto no es una protesta... Repitan- Esto no es una protesta... Es una forma de expresión artística... Corto"* (llamada lanzada a través de las radios policiales durante la Global Street Party en Toronto, Canadá, 16 de mayo de 1998).

*"Trabajar para el gozo y la auténtica festividad es apenas distinguible de prepararse para una insurrección generalizada"* (Raoul Vancigem, "La revolución de la vida cotidiana", 1967. Citado en un flyer de Reclaim the Streets para el 18 de junio de 1999, día de acción global en centros financieros).

Un caluroso día de verano, el viernes 18 de junio de 1999. Debería haber sido un día "normal" de trabajo en la City, el corazón financiero de Londres: despertarse a las 6 de la mañana, incómodo desplazamiento al lugar de trabajo, sentarse frente a una pantalla para mirar números durante ocho horas, teléfonos que suenan ininterrumpidamente, intentar maximizar los beneficios para clientes sin rostro, cierre de los mercados, salir al bar, de vuelta a casa, dejarse caer delante de la tele, arrastrarse hasta la cama, prepararse para lo mismo al día siguiente, y el siguiente, y el siguiente... ¡Con lo fácil que es que todo cambie, poner el mundo patas arriba!

Ese caluroso día de verano, el mercado financiero fue puesto patas arriba y del revés, cuando alrededor de diez mil personas okuparon la zona para celebrar un Carnaval contra el Capital. Durante algunas horas, el lugar de obtención de beneficios más importante del mundo se convirtió en una zona de placer revolucionario. El penoso trabajo gris fue abolido por medio del espíritu subversivo del juego y las calles se llenaron de juerguistas enmascarados bailando de forma salvaje al ensordecedor ritmo de un grupo de samba. El espíritu de la multitud ascendía y el espacio se reclamaba y transformaba. En una típica burla carnavalesca, una de las entradas a la bolsa, el London International Financial Futures (and Options) Exchange (LIFFE), se tapió simbólicamente con bloques de cemento. A continuación, de forma espontánea, la otra entrada al edificio fue atacada por los y las juerguistas liberadas por el intoxicador espíritu del carnaval, con la pretensión de okuparlo. Por un momento, el viejo mundo se colapsó y se pudo percibir el destello de un nuevo

mundo, una fantástica fusión de espontaneidad, placer y libertad.

alcance global

Otros carnavales tuvieron lugar simultáneamente en unas setenta y cinco ciudades de todos los continentes. En Nigeria, cincuenta mil personas convergieron en Port Harcourt, la capital petrolífera, en lo que se llamó el Carnaval de los Oprimidos; en Sydney, un burlesco Tour de la Basura serpenteó a través de la zona bancaria; en Montevideo tuvo lugar la parodia de una feria mercantil y se okupó la bolsa; en Dhaka, Toronto, Buenos Aires, Harare, Nueva York, Madrid, Eugene, Edimburgo, Valencia, Zurich, Praga y muchos otros lugares, el espíritu del carnaval se infiltró en los barrios financieros. El alcance global del 18J fue completamente ignorado por la mayoría de los medios de comunicación oligárquicos. Y entonces, cinco meses más tarde, ocurrió Seattle. Un enorme Festival de la Resistencia clausuró el encuentro ministerial de la Organización Mundial de Comercio (OMC), saltando a las portadas de la prensa internacional, convocando acciones que, una vez más, tuvieron lugar en todo el mundo.

El olor a carnaval y revolución ya está aquí y, mezclado con los gases lacrimógenos, se tiene la sensación de que asistimos al comienzo de algo muy, muy grande. Los movimientos contra el capitalismo irrumpen en todo el mundo y no consisten solamente en el rechazo del sistema actual, sino también de las viejas formas de acción política. Lejos quedan los principios de la vieja izquierda: sacrificio, furia, frustración y sentimiento de culpa; ya no más marchas lineales entre a y b, seguidas de manifestaciones monolíticas; ya no más comités centrales, ni líderes, ni ideologías fijas, ni dogmas, ya no más peticiones de reforma, de un nuevo gobierno; ya nunca más la larga espera hasta el día de la revolución.

La acción directa está a la orden del día. Se trate del Movimiento de los Sin Tierra en Brasil apropiándose de tierras inutilizadas por sus propietarios, con el fin de construir comunidades cooperativas; de Reclaim the Streets okupando una autopista para celebrar una fiesta callejera o de campesinos indios atando a un político a un árbol (¡aunque sólo por un día!) si osa entrar en sus pueblos autogestionados, la acción directa consiste en cambiar las cosas a través de la autoorganización y, en último término, tomar el control de nuestras propias vidas y comunidades, sin la mediación de políticos ni burócratas. La acción directa se basa en el principio de la participación directa e inmediata, y amenaza la base de la sociedad capitalista, su necesidad de espectáculo, jerarquía y separación.

La monocultura del capitalismo encontró su oportunidad de globalizarse de veras tras la caída del Muro de Berlín y el colapso del Bloque del Este, que dejó el campo abierto a la expansión capitalista: pero también supuso una nueva oportunidad para el resurgir de nuevos movimientos radicales. Durante más de setenta años, el socialismo de Estado en la Unión Soviética se consideró el modelo principal de sociedad revolucionaria, siendo no obstante un completo desastre social y ecológico: a pesar de ello, su sombra cubría la mayor parte de los movimientos radicales. Quienes buscaban el descrédito de cualquier forma

de pensamiento revolucionario sólo tenían que señalar el modelo de la Unión Soviética para probar el inevitable fracaso de cualquier proyecto "utópico". Ahora que ese modelo ha dejado de existir, el espacio está libre para trabajar en nuevos movimientos radicales y concebir sociedades diferentes, sin tener que referirnos a un modelo monolítico. No es sólo que se haya liberado la imaginación, sino también que ésta es ahora más diversa y fluida. Ya no hay ninguna necesidad de someternos a una única vía, una sola utopía que aplicar globalmente: eso es precisamente lo que tratan de hacer los paladines del "mercado único". Los movimientos sociales radicales que progresivamente convergen no buscan la toma del poder, sino su disolución. No son vanguardistas, sino catalizadores de los procesos revolucionarios. Sueñan con muchas y diversas formas alternativas de organización social, formas directamente vinculadas a las necesidades locales específicas. Lo que parece una alternativa al capitalismo en un lugar del llamado Primer Mundo, no tiene por qué serlo para quienes habitan los suburbios de Nueva Delhi. Durante el Carnaval de Protesta comenzamos a vislumbrar otros mundos posibles, mundos que celebren la diversidad y la autonomía, mundos que se sostengan sobre la cooperación y la participación.

El carnaval, al contrario que el capitalismo y las viejas formas de organización política revolucionaria, refuerza la participación. No hay espectadores en un carnaval, ni mirones, ni observadores pasivos. El carnaval es el dinamismo de la democracia directa en acción, unir a la gente para construir y compartir juntos y juntas una experiencia común. El insidioso individualismo del capitalismo se deshace y permanece la diversidad creativa, cada cual actúa por su propia cuenta sin dejar de sentirse parte de un todo. Objetivos e ideales, símbolos y puntos de vista comunes convergen en un momento de participación intensa. La irrupción de la resistencia carnalesca supone un retorno a las tácticas creativas de los años 60, pero en esta ocasión el impulso inmediato parte en gran medida de las problemáticas ecológicas urgentes. La base del actual sistema, el progreso entendido como crecimiento económico, es profundamente antiecológica y ya no podemos esperar a que se den las "condiciones históricas adecuadas" para la revolución. El cambio creativo y radical ha de suceder ahora. El planeta no tiene tiempo de esperar.

## **Deseo y gozo**

*"Los muñecos y las canciones no matan niños y niñas, las balas y la pobreza sí"* (el activista nigeriano Oronto Douglas, comentando las informaciones de los medios acerca de la "violencia" durante las acciones contra la reunión del Fondo Monetario Internacional (FMI) en Washington, abril de 2000).

Sin embargo, la supervivencia ecológica y social no es el único objetivo. En las calles de la City o en otros lugares durante el 18J, cambiar el mundo no consistía en un trabajo rutinario: no se trataba sólo de luchar sino también de gozar. Las exigencias ya no se ciñen exclusivamente al ámbito de las necesidades de tierra, comida, control de los medios de producción, sino también al control sobre nuestros propios deseos. El deseo de una vida mejor, una vida maravillosa, el total reencantamiento del mundo. El juego es la inmediatez de la revolución. En la calles de Seattle se escuchaba gritar a un activista, entre el silbido de las balas

de goma: *"Aunque nos sacudáis, no olvidéis algo muy importante: nos estamos divirtiendo más que vosotros"*.

A pesar de que en el siglo XX se purgó el espíritu radical del carnaval, convirtiéndolo en otro espectáculo para el consumo y el ocio, asistimos hoy a un nuevo espíritu revolucionario que devuelve el carnaval a sus raíces. El carnaval y la revolución tienen objetivos idénticos: invertir el orden social mediante la entrega al disfrute, celebrando nuestro indestructible deseo de vivir, un deseo de vida que el capitalismo pugna por destruir con su monótona espiral de trabajo y consumo. Pero no queremos esperar a la llegada de momentos de revolución carnavalesca, sino intentar extenderlos a cada momento de la vida cotidiana. No queremos vivir un rutina de días libres, salidas controladas de la corriente general, a través de válvulas de escape reguladas por la sociedad, para volver a la vida normal al día siguiente o dejar que la dominación jerárquica se imponga de nuevo, como ocurrió en tantos otros momentos históricos. La revolución no es un acto sino un proceso, y el carnaval nos prepara para tal proceso. Cambia nuestra mente y nuestros comportamientos, inspira nuestras pasiones y enciende nuestra imaginación, nuestra creencia y nuestra esperanza en que todo puede cambiar y cambiará permanentemente. El carnaval es impredecible como lo es la Historia.

Los carnavales revolucionarios que tienen lugar a lo largo y ancho del mundo en el Mayday van a inyectar la posibilidad de la esperanza en el fofo e inexpresivo mundo de la política. Nos recuerdan que podemos comprender y transformar nuestra propia historia, que podemos imaginar y crear otros mundos, mientras disfrutamos haciéndolo. La sociedad liberada de la que estos carnavales nos ofrecen una imagen, se basa en la diversidad, el disfrute, la pasión, la espontaneidad y la generosidad. Las reglas rígidas, las odiosas jerarquías y la uniformidad monótona del capitalismo se van a derretir por el intenso calor que desprenden los carnavales revolucionarios.